

## Palabras para el Baile de Civilizaciones

24 febrero 2012: En la Ciudad de Tánger

No soy aficionado a los Premios —y rechacé por razones éticas uno, el mejor dotado económicamente-, pero el título del otorgado por la Fundación Baile de Civilizaciones llamó mi atención: Cultura, Planeta y Océanos Sostenibles 2012.

Mi defensa de una cultura abierta a la infinita variedad del mundo es una causa que asumo desde hace décadas y que se concretó en los años que presidí el Jurado de la Unesco para la salvaguardia del frágil Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad. Millares de lenguas y culturas viven amenazadas por el rollo compresor de una globalización al servicio de los intereses de un capitalismo depredador —el del dios Mercado y su tríade de agencias de notación-, no sólo en los países económicamente desarrollados —al menos hasta la actual crisis- sino la totalidad del planeta, una globalización que pasa por encima de los Gobiernos democráticamente elegidos y de los programas políticos de sus partidos, exceptuando claro está los más ultraconservadores y corruptos. Dicha situación, fraguada en la década de los ochenta del pasado siglo, ha traído como consecuencia el desmantelamiento del Estado de Bienestar y la erosión de los ideales de la socialdemocracia generando así esa inquietante situación de miedo, impotencia, incertidumbre, indignación o escepticismo que es nuestro pan de todos los días.

La gran variedad de civilizaciones de la especie humana exige tener en cuenta una serie de diferencias culturales y religiosas que no pueden ser despachadas conforme a la arraigada tendencia europea y sobre todo norteamericana a proyectar sus comportamientos, usos y valores sobre los otros conjuntos y grupos culturales y a interpretar y valorar éstos en función de las normas y coordenadas propias.

Uno de los rasgos de dicha proyección etnocéntrica es su omnímodo poder generalizador. La especificidad de las distintas culturas y pueblos y las diferencias existentes entre ellos son reducidas y allanadas por caracterizaciones esquemáticas e ideas someras que, a fuerza de repetidas y machacadas, se convierten en dogmas indiscutibles y verdades mostrencas. Los políticos, economistas y sociólogos occidentales examinan y califican a los pueblos y naciones árabes, africanos y asiáticos de acuerdo con su mayor o menor "atraso" respecto al modelo que sustentan, un "atraso" del que sólo podrán escapar, en el mejor de los casos, mediante un arduo y doloroso proceso de desidentificación, esto es, a condición de someterse a unas leyes ajenas y, en algunos casos extremos, de autonegarse. El genio particular de estas culturas — sus valores, instituciones, creencias, obras artísticas y literarias, etcétera- pesa muy poco en comparación con su retraso tocante a los avances de la tecnociencia occidental y los modelos de conducta social e individual impuestos por la ubicuidad parasitaria de los medios de información de masas (vestido, comida, deportes, juegos, menaje, automóviles, electrodomésticos...)

Los heraldos del neoliberalismo y los organismos internacionales al servicio de éste — Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etcétera- establecen así un palmarés en el que los países de culturas distintas son clasificados según su adaptación a un objetivo económico juzgado primordial. Hasta las recientes crisis monetarias y bursátiles, los *dragones asiáticos*

ocupaban los primeros puestos de este palmarés. Peor aún: estados violentos como Argelia o teocracias que ignoran los derechos más elementales como Arabia Saudí son presentados como modelos en cifras macroeconómicas.

¿De qué progreso estamos hablando?

En la recta final de este milenio debemos tener bien claro el doble rostro de Jano de nuestro progreso. Pues si nadie discute sus logros y el bienestar que procura a una parte de la humanidad, las consecuencias de dicho bienestar son cada vez más visibles e inquietantes. El consumo acelerado de petróleo y otros derivados energéticos, principal responsable del efecto de invernadero provoca unos mortíferos cambios ambientales y una rápida degradación del ecosistema: mares y ríos contaminados, bosques enfermos, centenares de especies animales y vegetales extinguidas o en vías de extinción.

¿Es pecar de iluso intentar poner coto al despilfarro de energía, defender el derecho a nacer y vivir en un medio ambiente sano y proponer la substitución del "poseer mucho" por "poseer lo indispensable con un máximo de eficacia"?

Lo acaecido del pasado año en los países de la orilla sur del Mediterráneo nos da una lábil señal de esperanza. Hay un límite al abuso y la prepotencia y las víctimas de la rapiña y voracidad de los déspotas pueden tomar la calle y decir basta. En las sociedades árabes aparentemente dormidas y, en opinión de algunos, condenados al fatalismo, han surgido unos poderosos movimientos juveniles contra sus dictadores y poderes opresivos. Varios tiranos han caído y sin duda caerán otros más (pienso en Bachar El Asad, el verdugo feroz de su propio pueblo). Los retrocesos en el camino de la libertad y la amenaza de luchas sectarias étnico-religiosas son reales, pero no deben amedrentarnos. A diferencia de las dictaduras impuestas de la noche a la mañana por un golpe militar, el camino que lleva a la democracia es largo, sinuoso y lleno de trampas. España es un buen ejemplo de ello: desde las Cortes de Cádiz a la Constitución de 1978, su historia fue una sucesión de montañas rusas con pronunciamientos, dictaduras, Repúblicas y guerras civiles hasta el parto de un Estado democrático sujeto hoy a la horma de los mercados, a la creciente intromisión de la Iglesia y al riesgo de un poder judicial que sienta en el banquillo de los acusados y condena al juez y no a los culpables.

El hecho de que este acto se celebre en Tánger reviste una especial significación para mí. Aquí, en la ciudad del Estrecho, contemplando la costa española desde el bellísimo mirador de la Hafita, cuajó toda la violencia moral, política y literaria que abrigaba en mi fuero interno, no solo contra el Régimen en cuyo seno viví como un extraño, sino contra toda la tradición heredo-histórica que lo sustentaba.

Aquí, frente a una patria que había dejado de ser la mía, inspirada por unos versos de Lérmontov, di rienda suelta a mis sentimientos y formulé mi negro ensalmo.

Esta fue mi liberación y el comienzo de mi escritura adulta. Dejé de ser quien fui y me transformé en el conde don Julián

**Juan Goytisolo**